

## DE LA GUERRA GAUCHA A LA RESISTENCIA PERONISTA

Roberto Baschetti. 25 de abril de 2010.

Dos hechos dignos de destacar en la larga lucha del pueblo argentino contra la oligarquía vernácula y el imperialismo extranjero son la guerra gaucha (siglo XIX) y la resistencia peronista (siglo XX).

Si se recurre a los servicios de Wikipedia podrá leerse que “con el nombre de guerra gaucha se conoce la lucha de milicias y guerrillas llevadas adelante en el noroeste argentino y extremo sur de Bolivia, durante la Guerra de Independencia Hispanoamericana, particularmente en las provincias de Jujuy y Salta, comandadas por el general Martín Miguel de Güemes contra los ejércitos realistas, durante el período comprendido entre 1814 y 1825. Fue una larga serie de enfrentamientos casi diarios; en su mayoría, apenas cortos tiroteos seguidos de retiradas. En esas condiciones, unas fuerzas poco disciplinadas y mal equipadas, pero apoyadas por la población, que podían hacer mucho daño a un ejército regular de invasión”.

Ciento treinta años más tarde (1955) otro ejército popular tan poco disciplinado y mal equipado como su antecesor, lograría resistir el avance altanero y soberbio de otra oligarquía que quería imponer sus privilegios a sangre y fuego.

Atrás habían quedado nueve años (1946-1955) de prosperidad para el pueblo argentino en su conjunto y que podían traducirse en logros nunca antes alcanzados: nacionalización de la economía, crédito para la industria, plena ocupación y altos salarios. Se dignifica a la masa trabajadora con contratos de trabajo, leyes de previsión social, jubilaciones y pensiones. Se crean los tribunales de trabajo, imprescindibles para implementar justicia frente al capital. A ese trabajo -garantizado por un Estado que funciona a pleno- deben sumarse como conquistas populares la educación y la salud para todos sus habitantes.

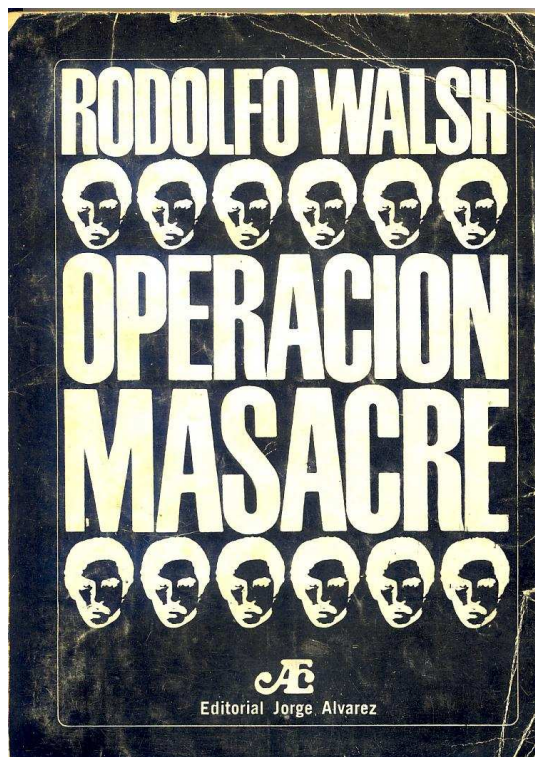
Teniendo a la vista este panorama es fácil de entender porque el peronismo que en 1946 asume el gobierno con el 52,40% de los votos, cuando va por su reelección en 1951 alcanza un porcentaje del 62,49%. E implícitamente también se entiende la resistencia peronista luego del golpe setembrino de 1955 y la lucha por el regreso de Perón a la Patria. Es la metamorfosis de

un pueblo manso y tranquilo; laborioso y noble que comprende que “a la fuerza brutal de la antipatria” sólo puede oponérsele con éxito una fuerza popular organizada. Pero este principio básico no se aprehende de un día para el otro. No es palabra revelada. Sobre su lomo caerán persecuciones, torturas, encarcelamientos, humillaciones, gases y palos, prohibiciones (ley 4161), picanas, fusilamientos, proscripciones y votaciones ganadas (y anuladas), para entender que el camino es la lucha. Y que en esa lucha común cada uno debe sumar lo que puede y un poquito más. De ese período hay dos testimonios que son más que elocuentes. El primero corresponde a César Marcos uno de los primeros resistentes peronistas luego del golpe sangriento del '55. Él cuenta que los peronistas más decididos, los más resueltos a la acción, para volver a organizarse recorrían los barrios de Capital y Gran Buenos Aires y allí, en ese espacio, se sentían como pez en el agua. No era para menos: “Allí siempre había una cocina amiga donde tomar unos mates y un sitio seguro donde poder aguantarse si era necesario. ¡Las cocinas que hemos conocido! Para aquellos años los trabajadores ya tenían su casita y su cocina hospitalaria, abrigada en invierno y fresca en verano. Cocinas alegres, limpiotas, con su heladera en un rincón, la mesa con el hule, las sillas acogedoras. Y el mate o una cervecita helada y, a veces en ese entonces, claro, la carne para el asadito en el fondo. No se hacer poemas –aclara Marcos- pero sugiero ese pequeño homenaje que todavía no se ha rendido a las cocinas humildes de nuestras barriadas, que fueron verdaderos fortines del Movimiento Peronista. Allí se realizaban las reuniones, con los compañeros barriales, se distribuía la propaganda, se establecían enlaces, se programaban las pintadas, se planeaba la acción. Allí nos reuníamos, en el ámbito mimético de las cocinas, donde todos son iguales y se confunden, donde nadie llama la atención, como en una gran familia”. Es una descripción exacta del espíritu que impregnaba la época. Y en tal sentido, un querido compañero recientemente fallecido, Enrique Oliva, suma su aporte testimonial a la gesta de la resistencia: “Era enorme la colaboración de la gente que quería hacer cosas. Recuerdo un caso, cerca del Puente de la Noria, donde teníamos una reunión en una casa muy humilde abarrotada de gente trabajadora. Yo estaba hablando y la dueña de casa nos servía mate. Ya no sabía que más hacer, para ofrecernos cosas o comida. Todo eran atenciones. En un momento en que ya no sabía que más ofrecernos, me dice: ‘compañero, ¿quiere que mientras usted habla le lave la camisa?’. No

podía rechazarle eso. Me saqué la camisa, me la lavó, la secó cerca del fuego y la planchó. Nunca vi una camisa mejor planchada”.



Desde la “Revolución Libertadora” se había montado una campaña en contra de Perón, acusándolo de cobarde y traidor al no haber presentado lucha al momento de su caída y luego huir al extranjero. Estas afirmaciones eran parte de un plan para desmoralizar a sus seguidores. Perón desde Panamá le escribe a Aramburu (5-3-56): “Si tiene dudas sobre mi valor personal, que no consiste como usted supone, en hacer que se maten los demás; el país tiene muchas fronteras, lo esperaré en cualquiera de ellas para que me demuestre que usted es más valiente que yo. Lleve sus armas porque el valor a que me refiero sólo se demuestra frente a otro hombre y no utilizando las armas de la Patria para hacer asesinar a sus hermanos. Y sepa para siempre que el valor se demuestra personalmente y que, por ser una virtud, no puede delegarse. Hágalo, solo así podrá probar que no es usted la gallina que siempre conocí. Si no lo hace y el Pueblo no lo cuelga, como merece y espera, por salvaje, por bruto y por ignorante, algún día nos encontraremos. Allí lo haré tragar su lengua de irresponsable”. Suena premonitorio. Catorce años más tarde una nueva generación de peronistas revolucionarios haría justicia con el tirano y fusilador, que ya se había ganado el odio del pueblo argentino, como lo demuestra la adaptación de la

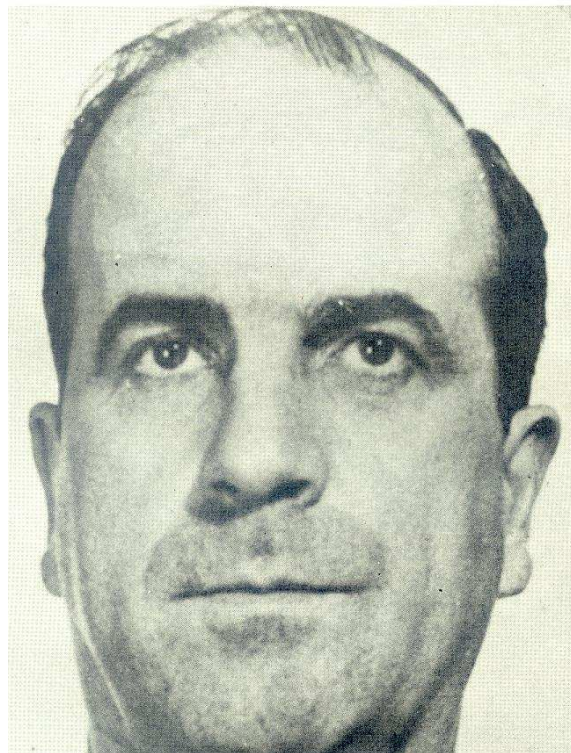


letra de aquel tango (“fumando espero”) que decía en una parte: “fumando un puro me cago en Aramburu y se enoja también me cago en Rojas ...”. O como me dijo alguna vez un amigo reo del barrio, recordando que con motivo de las fiestas de San Pedro y San Pablo, se juntaban en la calle todos, “en la fogarata` de Venezuela y Rioja del año 1956, la runfla patibularia` de Balvanera Sur puso en la cúspide de la falla un ‘jonca’ (sarcófago) municipal, birlado en el Ramos Mejía. Adentro, un gorila de trapo con un cartel al cuello que decía ‘Aramburu’, y que ardió entre chispas y los aplausos de la ‘atorrantada’. Nadie pensó en una sentencia, ni siquiera simbólica, pero los misterios de la historia que pone hechos frente a hechos sin la voluntad de los seres humanos, dio a aquel rito ‘rante’ de la calle, un ulterior estigma de muerte. La luna miraba, sabiendo el futuro”.

La resistencia crece y se organiza. Hay que detenerla y aniquilarla con el terror. Los fusilamientos de civiles y militares peronistas en ese mismo año de 1956 apuntan (nunca mejor empleado el verbo) en ese sentido. Esas injustas muertes, no sólo logran con el tiempo su efecto contrario, al proveer al campo popular de héroes y mártires, sino que también suman a la lucha en su contra a sectores neutros o que en un principio la apoyaban,



como es el caso de esa clase media que siempre está en babia y que se peronizará en los '70. Pero ya en 1965, será un diarito de la Resistencia Peronista (“Retorno” N° 33, del 25 de febrero)) quien hará justicia con el hombre que solo con su pluma y su investigación se enfrentó al sistema para desenmascarar sus abyectos fines: “Es siempre reconfortante para nuestro temple de argentinos, señalar la existencia de hombres como Rodolfo J. Walsh, escritor, ensayista y periodista. Pero por sobre todas las cosas, hombre de un gran valor moral y físico. Su nombre no se borrará nunca de la memoria de quien hemos sido sus contemporáneos. Y las generaciones venideras, sabrán que, cuando en el país existió un puñado de locos criminales dispuestos a ensangrentarlo y hundirlo en la noche de una alucinante paranoia; cuando parecía que la chatura y la cobardía lograrían ocultar los espantosos fusilamientos de los basurales de José León Suárez, hubo un hombre íntegro, un periodista que sirvió a la causa de la patria, de la justicia y de la libertad llamado Rodolfo Walsh”.



El general peronista Juan José Valle, fusilado en aquellos trágicos momentos, dejará por escrito antes de su muerte, una sentencia “ad infinitum” para sus verdugos: “Entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija, a través de sus lágrimas verán en mí a un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta

ellas, verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonríen y los besan será para disimular el terror que les causan. Aunque vivan cien años, sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos, bajo el terror constante de ser asesinados. Porque ningún derecho, ni natural ni divino, justificará jamás tantas ejecuciones”.

A nivel electoral, el peronismo sigue siendo invencible. Las elecciones convencionales constituyentes de julio de 1957, demuestran que el partido mayoritario es el Justicialista: el voto en blanco ordenado por Perón logra 2.115.661 sufragios. Un año más tarde, con los votos peronistas (el peronismo sigue proscripto), Arturo Frondizi asume la primera magistratura (mayo de 1958) para hacer en el gobierno, casi todo lo contrario a lo prometido en el llano (como puede apreciarse Menem no salió de un repollo). Es que la dictadura militar de Aramburu y Rojas debió llamar a elecciones para descomprimir un ambiente político y social que les resultaba inmanejable producto de la acción de la Resistencia Peronista. En tal sentido es relevante saber que en enero de ese mismo año (1958) pararon 496.292 trabajadores descontentos con la política económica del gobierno de facto, sobre un total de 4.300.000 existentes. En ese primer semestre del año, el total de horas de trabajo perdidas por huelgas, sumó cincuenta millones y el Estado se perjudicó en 687 millones de pesos moneda nacional. (Fuente: Oficinas Técnicas de la Policía Federal. Publicado en “La Nación” del viernes 10-10-58).

La llama del peronismo no se consumía. Seguía la Resistencia. Comenzaba otra historia.